

De Moreto. (*)

Decía Saint-Beuve que en el mundo han existido muy pocos escritores que sin dejar de exponer en sus obras las costumbres y pasiones del tiempo en que vivieron, se hayan distinguido por la universalidad, es decir, por la descripción exacta y general del género humano. Plauto entre los antiguos, y entre los modernos Shakespeare, Cervantes, y Molière, son los únicos que el ilustre crítico encontraba dignos de clasificarse en tan eximio grupo. Creo, sin embargo, que Alarcón y Moreto pudieran añadirse á los citados, sin yerro de ninguna especie, principalmente Moreto, á quien injustamente se coloca á menudo en segundo término en la historia del teatro castellano, cuando en realidad su nombre debiera escribirse junto al de Calderón y encima del de Lope.

Ni Tirso, ni Rojas, ni Guillen de Castro, entre los cuales generalmente se pone á Moreto, tuvieron á pesar de sus grandes inspiraciones, el talento profundo, el espíritu independiente, con que el autor de *El Desden con el Desden* supo apartarse del influjo de su época y de las preocupaciones de raza que constituyen el sello característico de la dramaturgia de España en el siglo XVII. Sólo Alarcón, no ménos insigne que él en la pintura de los caracteres, logró estudiar de la propia manera nuestra naturaleza con todas sus debilidades y miserias, hasta el extremo de que los tipos immortalizados por ámbos igualmente pudieran hoy aparecer sobre las tablas vestidos á la moderna, que con los pintorescos adornos del traje á la vieja usanza de Castilla. El Don García de *La Verdad Sospechosa* ó el lindo *Don Diego*, no sólo son españoles de la corte de los Felipes, como los protagonistas de Calderón ó del *Fénix de los Ingenios*; son además hombres, lo mismo de entónces que de ahora; arrancados con mano maestra á la vida real; hermanos de los héroes de Molière como estos impercederos.

De todos los dramaturgos españoles el que más se parece á Molière es, sin duda, Moreto, y aún logra aventajarle en elevación y gallardía, cuando trata asuntos serios. Luchó el gran poeta francés con la desventaja de tener que crear un género desconocido en Francia, sin otros modelos y guías que los italianos y españoles y sin un medio

favorable, para el desenvolvimiento de sus facultades; porque ántes que él escribiera, los franceses no abrigaban ni remota idea de lo que era una verdadera comedia. La pluma flexible, fácil y elegante de Moreto pudo, en cambio, ejercitarse en los recursos, habilidades é invenciones del enredo dramático, arte en que brillaban como los primeros sus compatriotas y contemporáneos. Encontró, además, un público ya preparado é inteligente, el mismo que aplaudía las agudezas de Tirso, los donaires de Lope, las ideas de Calderón y cuya imaginación meridional y excitada encontraba su mayor deleite en perseguir las mil sorpresas que constituían el argumento de las inolvidables comedias de capa y espada. No se vió, pues, obligado á doblarse al duro trabajo de buscar en literaturas extrañas asuntos que adaptar al gusto de los españoles. No tuvo, tampoco, que inventar nada; todo lo encontró hecho: espectadores en quienes privaban las intrigas de amor y los alardes de valentía caballeresca y un repertorio nacional inmenso en que sobaban enamoradas y galanes, duelos, cuchilladas y peticiones. No necesitó, como Molière, educar un pueblo á las aficiones de otro. Su único esfuerzo consistió en recoger alguna historia que corriera de lábio en lábio, en desenterrar alguna comedia olvidada, retocándola con pinceladas de efecto y añadiéndole ese elemento universal de que habla Saint-Beuve, para abrirle un camino á las generaciones venideras.

Así describió á Moreto Don Jerónimo de Cáncer y Velasco. . . «revolviendo unos papeles que á mi parecer eran comedias antiquísimas de quien nadie se acordaba. Estaba diciendo entre sí:—Esta no vale nada. De aquí se puede sacar algo, mudándole algo: á este paso puedo aprovechar. Enojéme de verte con aquella flemma cuando todos estaban con las armas en las manos, y dijele porqué no iba á pelear como los demás. Á que me respondió:—Yo peleo aquí más que ninguno; porque estoy minando al enemigo.» Tal parece, después de esta anécdota, que le vemos con el típico aire de viejo castellano que le pintó Lesage en el *Gil Blas*, sentado ante una enorme masa cubierta de impresos y manuscritos, dirigiendo su vista investigadora al través de un mundo de obras empolvadas, en las cuales una

escena divertida ó un rasgo de talento se hallaban cubiertos por capas enteras de vulgaridades. Su franca y bondadosa fisonomía, como de hombre á quien jamás turbaron los remordimientos, se iluminaba á ratos con alegre sonrisa ó se llenaba de gravedad bajo el influjo de la meditación, ya pensara en su Polilla, ya concibiera la noble figura del *Rico hombre de Alcalá*. Algunos al recordarlo en semejante postura, al encontrar los originales de sus obras, hasta de Lope, Tirso y aún Cervantes, intentan despreciarlo como plagario, y aseguran que su ingenio carecía de la inventiva necesaria. Pero no se fijan en que el Moreto tan censurado como falto de imaginación creadora, cuando ya todos los caminos parecían trillados en el teatro español, cuando ya todos los géneros parecían agotados, descubrió uno nuevo al escribir sus maravillosas comedias de *figurón*, caricaturas admirables que ninguno de sus compatriotas concibió antes que él y que después de él han sido regocijo de la escena. No piensan que casi todas aquellas comedias viejas para nada hubieran servido á no haber hecho con ellas Moreto sus obras inmortales y que mayor inventiva no puede pedirse á un hombre que la de transformar ideas malas y desmayadas en pensamientos profundos y brillantes. Y no piensan, por último, en que tan plagiarios como él fueron Virgilio, Shakespeare, Dante, Cervantes. . . . los autores de esos plagios sublimes, de esos libros faltos también, según parece, de inventiva, que se llaman *La Eneida*, *Hamlet*, *Othello*, *La Divina Comedia* y *Don Quijot*.

Siempre he creído un absurdo el repetido cargo de la escasa imaginación de Moreto, que corre como lugar común en la mayoría de los libros escritos sobre el teatro castellano, y que con tanta razón combatió el sabio Viel-Castel, cuando dijo en una sola frase, que el autor de *El lindo don Diego* superaba á Lope de Vega en la fuerza de sus invenciones y á Calderón en el vigor y la brillantez del conjunto. «La intriga de Moreto, menos complicada que la de Calderón—añade Viel-Castel—fatiga

menos también á los lectores y con mayor verosimilitud tiene mayor interés; sus desenlaces son más naturales, mejor preparados, más fácilmente conducidos; su estilo, aunque menos rico de poesía, sin hallarse exento de resabios de *gongorismo*, se contagia menos de los mismos; y su versificación no tiene menor elegancia, ni facilidad, encontrándose en sus dialogos igual delicadeza, igual gracejo, igual mezcla de fina burla y noble cortesania». Si falto de inventiva podemos llamar á quien reúne semejantes cualidades, no se conoce entonces autor notable en el mundo á quien no corresponda idéntica censura. Ciento es que no exagera Moreto en los detalles; que no sobrecarga la acción inútilmente; que no incurre en el extremo de tener siempre al que lo lee en sobresalto de un incidente inesperado. Sus argumentos corren con flexibilidad y sencillez encantadoras, como en *Trampa adelante*, *El desden con el desden*, *El poder de la amistad*, *Yo por vos y vos por otro*, y las demás comedias de su variado repertorio. ¿Qué mayor inventiva, pues, que la suya? ¿Consiste, acaso, el mérito de la imaginación en amontonar innumerables incidentes enredando la fábula hasta faltar á las leyes del buen gusto? Cuando hacen falta bríos y movimiento, no los escatima Moreto, y buena prueba de ello es *El rico hombre de Alcalá*. Cuando es necesario recalcar sobre la figura de un personaje lo hace á las mil maravillas como en *El lindo don Diego*.

Tómese por ejemplo, á este Don Diego, lleno de afeites, de cintajos, de presunciones, y de afeminamiento; véasele cuando se jacta de que todas las mujeres se enamoran de él:

«pues al pasar por la rejas
donde voy logrando tiros,
sordo estoy de los suspiros
que me dan por las orejas;»
contéplesele cuando se asombra de su propia belleza y exclama:
«al mirarme todo entero,
tan bien labrado y pulido
mil veces he presumido
que era mi padre tornero;»

véanse sus palabras de vanidad ridícula; sus frases de estúpida suficiencia, y se

comprenderá entonces el genio extraordinario de su autor. Donde quiera que vivan hombres, en cualquier época que se escoja, existirán Don Diegos. En la corte madrileña del siglo XVII se pasaban el tiempo pensando en

«daga y espada y tiros,
capa, vueltas y valona,»

6

mientras hoy se pasan examinando el corte de la americana, la caída del pantalón, ó la línea más ó menos curva que tenga el ala del sombrero de copa. Pero en el fondo son los mismos como los mismos son hoy también, los muchos amantes que emplean el antiguo recurso de enamorar despreciando pintados, así propio por Moreto en *El desden con el desden*.

En esta última comedia se vé como en ninguna la superioridad del inspirado dramaturgo. *Los Milagros del Desprecio*, de Lope, le sirvieron de modelo y aun cuando obra de innegable profundidad y movimiento y se noten en ella los principales rasgos de la de Moreto, ha quedado en un todo inferior á la misma en lo que á la descripción de los caracteres y la profundidad filosófica se refiere. (*) *La Princesse d'Elide* de Molière, tomada á su vez de *El Desden con el Desden*, también le es inferior en muchos conceptos, y únicamente ha podido igualarla Alfredo de Musset con su deliciosa imitación. *Il faut qu'une porte soit ouverte ou fermée* en que demostró poseer tan brillantes cualidades como el autor castellano. Preciso es reconocer, no obstante, que *La Princesa d'Elise* ha sido tratada por la crítica con soberana injusticia pero, también, no pude negarse que ya por la premura con que hubo de escribirse y que impidió á Molière poner en verso los últimos actos, ó ya porque, como dice Lista, un cuadro tan humano

(*) La mejor biografía de Moreto es la de D. Luis Fernández Guerra y Orbe el entusiasta y erudito coleccionador de sus obras (Biblioteca de Autores Españoles Madrid, Rivadensyra, 1856, tom. XXXIX). Gracias á la diligencia de tan esclarecido crítico se sabe hoy que D. Agustín Moreto y Cabaña, nació en Madrid el 9 de Abril de 1618, y tenía por lo tanto dos años de edad, en el de 1620, cuando murió violentamente asesinado el amigo de Lope de Vega, Baltasar Elisto de Medinilla. No pudo, pues, Moreto, haber cometido nunca tan horrendo crimen, del cual se le ha estado acusando con ligereza, hasta que el Sr. Fernández Guerra publicó su trabajo. De la misma índole de éste sólo se conoce en castellano otro libro que merezca iguales elogios por su saber y buen juicio: la *Vida de D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, escrita también por el propio autor, que es uno de los más meritorios y laboriosos individuos de la Academia Española.

no podía hacerse en la corte de Luis XIV, donde el amor no era pasión, sino galantería, es el caso que el inmortal cómico francés quedó aquí muy por debajo de su modelo. A pesar de la chispa que con justicia vé Mr. Taschereau en todo el papel de *Moron*, particularmente en la conocida escena de su encuentro con un oso cómo ha de equipararse el mencionado personaje al perspicaz, hábil, é inteligente *Polilla*, gracioso como no lo pintó siquiera parecido Tirso de Molina? *El desden con el desden* es innegablemente una comedia acabada, y aun pudiera afirmarse, para concluir, que si *El Alcalde de Zalamea* no existiera, merecía por ella Moreto el primer lugar entre los fecundos y prodigiosos autores que han dado universal renombre al clásico teatro español del siglo XVII.

JUSTO DE LARA.

